

[34]

Para llegar a alguna parte hay que hacer algo

Me llamo Ricardo Guillermo Vargas Taylor. Naci en San Andrés el 14 de septiembre de 1934. Mi madre nació en Providencia. Mi papá había llegado en 1932 a San Andrés como el primer médico enviado por el gobierno nacional. En 1942, mis padres se separaron, pero él nos mandó a casa de mis abuelos en Bogotá para darnos educación. Allí terminé mis estudios elementales. Luego estudié ingeniería civil en los Andes y me gradué, en 1957. Tengo también título de ingeniero civil de Illinois, porque uno hacia una parte en Bogotá y terminaba allá. Después me especialicé en Gran Bretaña y Japón e hice un curso de posgrado en administración de empresas en la Universidad Católica de Argentina. Tan pronto me gradué me nombraron como jefe de estudios de hidrología del instituto de aprovechamiento de aguas y de fomento eléctrico en la sede de Barranquilla. A los cuatro años, me fui para Inglaterra y estuve dos años trabajando con una firma consultora. A mi regreso en 1963, el mismo instituto me envió a la construcción de la hidroeléctrica del río Mayo en San Pablo, Nariño. Luego me trasladaron a Bogotá como subjefe de la división de proyectos específicos, y estuve cuatro meses becado en el Japón. Al año me fui a Estados Unidos. Trabajé con el estado de Nueva York, en el departamento de conservación y planeación de recursos hídricos. En 1972, empecé a trabajar con el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Argentina. Allí estuve cuatro años vinculado con proyectos hidroeléctricos y de gasoducto, con una salida de estudios en México. De ahí me trasladaron, en 1976, a República Dominicana donde estuve cuatro años en proyectos de construcción de la hidroeléctrica y electrificación rural. Luego me mandaron a Brasil, donde estuve cinco años en proyectos gigantescos. En 1985, el traslado fue a

Panamá para la electrificación rural y la expansión y mejoramiento de sistema eléctrico. En 1988, me enviaron a Guatemala a realizar estudios de factibilidad de proyectos sobre plantas geotérmicas. Y, en 1989, a los 54 años, me acogí a un plan de retiro temprano. Me dediqué entonces a consultorías independientes en Bogotá, pero, estando en esas, el canciller Luis Fernando Jaramillo me propuso ser embajador en Jamaica y estuve cuatro años en el cargo. En ese periodo se negoció la delimitación de las áreas marinas entre Colombia y Jamaica. En 1994, se creó la Comisión de Vecindad colombo-jamaiquina. Entonces me nombraron presidente de esa comisión en la que luego me reemplazó otro sanandresano, Alvaro Archbold. Entre 1995 y 1998, hice consultorías y asesorías. En diciembre de 1999, fui electo en representación del Grupo de los Tres (G-3) como uno de los directores de la Asociación de Estados del Caribe. Y el 17 de enero de 2002, el gobierno me nombró en el grupo asesor de Colombia frente a la demanda de Nicaragua ante la Corte internacional de la Haya.

La maestra isleña y el médico continental

Mi madre, Guillermina Taylor Taylor, nació en Providencia y es conocida como Miss Doffis, como le puso un médico alemán, porque era muy viva, muy avisada. Su padre, William C. Taylor era hijo de misquita y se fue a vivir en Providencia. Hablaba muy buen inglés y como conservador trabajó siempre con el gobierno. Su madre, mi abuela Josefá Taylor, era comadrona partera. Ambos eran bautistas pero se convirtieron al catolicismo. Para ellos la misa de los domingos era

algo muy importante. A mi hermana y a mí, el abuelo nos regalaba cinco centavos para la limosna. Todos seguimos siendo católicos. Yo recordando bien a los capuchinos. El padre Carlos me bautizó y al padre Eugenio hasta le "jalé" la barba.

Mi madre estudió unos años en Colón y luego fue de las primeras normalistas educadas en Cartagena. Al regresar fue profesora en el colegio de la Loma por diez años. Entre otros, le enseñó las primeras letras al pastor George May. Estando en ese trabajo, se conoció con mi papá, José Joaquín Vargas Figueroa, que había llegado en 1932 a San Andrés como el primer médico enviado por el gobierno nacional para fundar el centro de salud. Se casaron y aunque, en 1942, se separaron, él nos mandó a mi madre, a mí y a mi hermana, a casa de sus padres en Bogotá, para darnos educación. Mi madre vivió en Bogotá 16 años mientras yo estudié y mi hermana, alcanzó a hacer unos años de bacteriología. Ambas regresaron a San Andrés en 1958, y trabajaron en un almacén.

Estudios en Bogotá y pérdida del creole

Yo hice los dos primeros años de colegio en el colegio de la misión, posteriormente denominando colegio de La Sagrada Familia, y terminé mis estudios elementales en el instituto de la Salle de Bogotá. Recuerdo que mi abuela materna, una opita formidable, para hacer el bachillerato me llevó a la Quinta Mutis, luego colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Este año, 2002, vamos a celebrar cincuenta años de haber salido de bachilleres. El padre del actual capellán del Rosario fue un profesor formidable de matemáticas que influyó para que yo estudiara ingeniería.

Mi madre, mi hermana y yo íbamos cada dos años a San Andrés, unas veces en la goleta Gloria que era de un tío, y otras veces en la goleta Victoria que iba Cartagena-Colón-San Andrés-Providencia. Aunque nos mareábamos todos y hasta dos días después la tierra se nos seguía moviendo, es de los recuerdos más lindos que tengo de cuando era niño.

Cuando llegué a Bogotá hablaba muy enredado y en el colegio se burlaban mucho de mí por eso.

Me decían, además, que si éramos antropófagos y peleando por eso alcancé a poner muchos ojos negros. Además, en la casa de mis abuelos en Bogotá se molestaban cuando mi mamá nos hablaba en creole. Por eso se perdió la costumbre y a mí se me olvidó lastimosamente mi lengua. Después tuve que aprender inglés.

Estudié mi carrera universitaria en los Andes. Fui del quinto grupo de egresados en ingeniería civil, en 1957. Tengo también ese título de ingeniero civil de Illinois. Uno hacía una parte en Bogotá y terminaba allá. Me especialicé en hidráulica y en centrales hidroeléctricas a través de una beca británica y de cursos en el Japón, e hice un curso de posgrado en administración de empresas en la Universidad Católica de Argentina.

El ingeniero y funcionario internacional

Tan pronto me gradué me nombraron jefe de estudios de hidrología, del instituto de aprovechamiento de aguas y de fomento eléctrico en la sede de Barranquilla. Me tocó iniciar los estudios de Urrá I, en la parte de hidrología en los ríos de la Sierra Nevada. A los cuatro años, me fui para Inglaterra y estuve dos años con una beca de entrenamiento práctico con una firma consultora en donde trabajaba de día y estudiaba de noche.

A mi regreso, en 1963, el mismo instituto de aguas me envió a la construcción de la hidroeléctrica del río Mayo en San Pablo, Nariño. Acababa de conocer a Helena, y empezamos un romance por carta y radioteléfono. Así duramos año y medio hasta que nos casamos en 1965. Ella era bogotana, hija de Luis Alfonso Angarita, un político ospinista, que fue representante a la cámara, senador, embajador en Nicaragua con Carlos Lleras Restrepo y en República Dominicana. Se unió mucho a San Andrés y trabajó por el puerto libre. Luego me trasladaron a Bogotá como subjefe de la división de proyectos específicos y estuve cuatro meses becado en el Japón.

Al año me fui a Estados Unidos, y como tenía ya contrato me dieron visa de residente. Trabajé con el departamento de conservación y planeación de recursos hídricos del estado de Nueva York. Fueron cinco felices años con la hija que allí

aprendió inglés. Luego vendría mi hijo varón con diez años de diferencia con su hermana.

En 1972, empecé a trabajar con el BID en Argentina como especialista en el sector energético. Me tocó el regreso de Perón y el paso de seis presidentes en los cuatro años que estuve allá trabajando en proyectos hidroeléctricos y de gasoducto, con una salida de estudios en México. De ahí el Banco me trasladó, en enero de 1977, a República Dominicana y estuve allá cuatro años en proyectos de construcción de la hidroeléctrica y electrificación rural. Luego me mandaron a Brasil, donde permanecí cinco años trabajando en proyectos gigantescos, muy lindos. En 1985, el traslado fue a Panamá para la electrificación rural y la expansión y mejoramiento del sistema eléctrico. En 1988, me enviaron a Guatemala a realizar estudios de factibilidad de proyectos sobre plantas geotérmicas. Pero me entró el afán de regresarme y, en 1989, me acogí a un plan de retiro temprano. Tenía 54 años. Ya en Bogotá me dediqué a consultorías independientes.

El embajador caribeño

Estando en eso, el canciller Luis Fernando Jaramillo me propuso ser embajador en Jamaica. Me poseíeron el 1 de mayo de 1991 y estuve hasta el 25 de enero de 1995. Tuve la suerte de que estaba de ministro de relaciones exteriores de Jamaica quien había sido mi jefe en República Dominicana. Como había sido ministro de hacienda de Manley, era gobernador del BID y, al perder las elecciones Manley, el BID lo había nombrado representante en República Dominicana. Con el regreso de Manley, el fue nombrado canciller y yo llegué como embajador. Eso me permitió un acercamiento directo.

En la embajada me dediqué a estimular el intercambio comercial entre los dos países, que entonces era de un millón 600 mil dólares y alcanzó a subir a doce millones como resultado, entre otros, de una feria de productos colombianos, organizada con el sector privado. Trabajé con SAM para que pusiera vuelos a Jamaica, plan que alcanzó a durar tres años, pero se dañó por el tráfico de cocaína. También traté de incrementar los alzos culturales. Alcancé a llevar el balet de Cali.

En ese período se negoció la delimitación de las áreas marinas entre Colombia y Jamaica. Para la firma fueron a Kingston, César Gaviria –era la primera vez que iba un presidente colombiano– y Noemí Sanín. Una vez el gabinete aprobó el tratado, como es un sistema parlamentario, quedó aprobado por Jamaica. Aquí también se ratificó pronto. Es muy importante destacar que ese tratado contempla la primera área de régimen común que existió en el mundo. Se debía hacer un inventario sobre el potencial de recursos de pesca para el aprovechamiento conjunto. Yo no sé qué ha pasado en esos diez años, pero existe el temor de que pesqueros internacionales arrasen con la pesca si no hay ningún control.

En ese período, más concretamente en 1994, se creó la Comisión de Vecindad colombiano-jamaicana. Cuando salí de embajador me nombraron presidente de esa comisión en la que luego me reemplazó otro sanandresano, Alvaro Archbold.

Para mí la experiencia de embajador fue maravillosa. Todavía se acuerdan de mí en Jamaica. Hice buena labor, conseguí cosas para el país, establecí lazos con los vecinos jamaicanos, creé conciencia de la existencia de San Andrés, su gente, su mar y sus arrecifes. Desde el punto de vista del intercambio cultural y comercial, algo pude hacer también. Allá me preguntaban: ¿por qué los sanandresanos no tienen un papel de mayor liderazgo en el Caribe si eso le ayudaría al archipiélago y a Colombia? Yo creo que Colombia no tiene recursos para ofrecer ayudas, como lo hacen otros países, pero si tenemos cerebros que pueden prestar asesorías económicas, asistencia técnica, intercambios educativos. Si hay algo que me enorgullece de ser colombiano es la capacidad intelectual de nuestra gente, que podría aportar mucho en el Caribe.

Conversaba mucho con el embajador de Honduras en Jamaica, que era misquito, sobre esa región y con su antecesor que era de las Islas de la Bahía. Hablando con ellos y revisando las cosas creo que hay una equivocación en San Andrés al creer que con los acuerdos limítrofes se ha perdido territorio. Esa concepción viene de que los pescadores que salían, por ejemplo, hasta Rosalinda y pensaban que eso era nuestro. Pero

no era así. También hablamos de cómo dejó de haber comercio entre la zona y el archipiélago, y pensábamos que si se usara el cabotaje como se hacía antiguamente, se podrían establecer nuevos lazos. Pero el problema para eso es que pueden ser usados para transportar la cocaína. Con el Caribe también hay que fortalecer los lazos pues casi no tiene comercio, no aparece como importante por lo pequeño que son sus mercados. Pero puede interesar para restaurar esos lazos perdidos. Podemos buscar alianzas. Hay que comenzar a conseguir empresarios y entusiasmarlos con la idea.

Tuvimos una buena relación con otros embajadores isleños, que fueron nombrados después de mi y que cumplieron también muy buenas funciones diplomáticas. El economista Reno Rankin, quien había sido un joven intendente, fue nombrado embajador en Barbados y llegó a ser decano del cuerpo diplomático en la isla en donde, como adventista, predicaba los sábados, lo que le dio enorme popularidad en la población. Alvaro Forbes fue nombrado embajador en Trinidad y Tobago y logró incrementar el comercio con esa isla central en el Caribe. Hidalgo May como embajador en Guyana hizo gran labor en ese país y se hizo conocer también en Surinam; trabajó mucho con la Caricom. El abogado Kent Francis fue nombrado en Belice y por hablar el creole entabló una gran relación con los gobernantes. La cancillería nos reunió una vez a todos los diplomáticos colombianos en el Caribe y nosotros los sanandresanos averiguábamos en qué estaba cada cuál, nos comunicábamos, intercambiábamos ideas y proyectos.

Entre 1995 y 1998 hice consultorías y asesorías para la revisión y auditoria de licitaciones, contrataciones y ejecuciones de contratos del Banco Mundial para el acueducto de Bogotá y unos programas educativos de Venezuela. En diciembre de 1999, fui electo en representación del G-3 como uno de los directores de la Asociación de Estados del Caribe (AEC). Empecé a trabajar, el 1 de febrero de 2000, en la sede de la Asociación, en Trinidad y Tobago, como director de administración y presupuesto, del fondo especial y del comité de educación, ciencia y tecnología, salud, educación y cultura. Después pasé al comité de transporte y desastres naturales. Allí estuve hasta

noviembre de 2001, cuando por motivos de salud no pude terminar los tres años para los que había sido elegido y me volví para Bogotá. Yo traté de estimular la vinculación de San Andrés a proyectos de la AEC, en particular del comité de turismo. Cuando este comité discutía la sustentabilidad de esa actividad, le escribí a la secretaría de turismo de San Andrés y a Susan Saad de la asociación de agencias de viajes para que buscaran la forma de ir a Costa Rica a la reunión del comité de turismo de la AEC.

El miembro del grupo asesor frente a la demanda de Nicaragua

El 17 de enero de 2002, el gobierno me nombró en el grupo asesor de Colombia frente a la demanda de Nicaragua ante la Corte Internacional de la Haya. El grupo está concebido como mecanismo de apoyo al desarrollo de la política de estado en esa materia para lo cual, en este semestre, se ha reunido en tres ocasiones, el 17 de enero, el 13 de marzo, y el 13 de junio.

Lo que como isleño hago en ese grupo está centrado en informar en ambos lados. Yo me monto en contacto con las islas. Cuando citan a las reuniones llamo a diversos sectores de San Andrés, informo y me informo de la situación y luego transmito el sentimiento isleño en el grupo asesor.

Del 24 al 26 de enero, fui con los ministros de relaciones exteriores, interior y desarrollo a San Andrés. Yo aproveché para quedarme en la isla y hablar con líderes raizales como Juan Ramírez, Irmo Howard, George May, Walwin Peterson y Edgardo Martínez, y otros isleños como Kent Francis, Alberto Escobar, Thomas Livingston y Félix Palacios.

La situación del archipiélago y sus posibles soluciones

Sigo de cerca la situación de las islas, especialmente la de San Andrés, y trato de apoyar en lo que puedo. Hago más por las islas desde aquí, aunque me gustaría acompañar a mi mamá en la isla. Yo ya estoy por encima del bien y del mal, no me interesa conseguir algo para mí, quiero sinceramente ayudar, pero ¿cómo hacerlo? ¿cómo hacer para que entiendan que uno no va por

nada para sí? He buscado mucho una respuesta, he propuesto alternativas.

Para mí los principales problemas, que requieren pronta acción del Estado, son el de sobrepoblación y las diversas formas de reactivación y desarrollo económico. Está también el mal endémico de los servicios públicos. Para resolverlo lo que hace falta es voluntad y capacidad política. El cuarto problema es el de elevar la calidad de la primaria y el bachillerato.

Creo que el turismo es una buena alternativa para la reactivación. Recuerdo que Jamaica pasó de la bauxita al turismo. En la época en que estuve llegaba un millón de turistas, la mayoría en barcos, y muchos de los que se quedaban en hoteles, habían pasado antes por la isla en cruceros y volvían. Allí aprendí que se debe construir un muelle turístico adecuado en San Andrés. Yo hablé con japoneses para ver si podían hacer un estudio de factibilidad con el fin de construir el muelle por concesión, de tal manera que el único dinero que se aportaría sería para la supervisión de obras, y habría una renta para la isla. Esto requeriría preparar la isla para el turismo. Con el SENA, por ejemplo, se podrían formar centros de actualización del inglés, educar los choferes de taxi para el manejo del turismo. El comercio debe estar supeditado al turismo, no al revés. Ese fue el error inicial.

Otra forma de ayudar a la reactivación de San Andrés, al lado del turismo, podría ser el desarrollo empresarial de pequeña escala. Se que un grupo de antioqueños propuso poner maquilas en la isla para elaborar, por ejemplo, sábanas que necesitan los hoteles allí establecidos y para exportar vía Centroamérica. Hay galpones que podrían adaptarse para eso. El "Pilo" Escobar me ha hablado también del noni.

Sobre la educación recuerdo que ayudé a la firma de un acuerdo para que los estudiantes de la Universidad Cristiana, luego de que hicieran cinco semestres en la isla, podían terminar la carrera en la Universidad de los Andes. Creo que se podría hacer también con la Nacional. Además las islas podrían ser un buen lugar para enseñar inglés y así se estaría ayudando a mantener la cultura. Se podría enseñarles a unas familias, ayudarles

a poner una pieza más en sus casas en la Loma, por ejemplo, para que ofrezcan ese servicio como fuente de ingreso. El que habla creole puede hablar inglés pronto. En Antigua (Guatemala) vi muchos gringos estudiando español, que vivían en residencia de guatemaltecos. ¿Por qué no se podría hacer algo así en las islas? Todo padre de familia en Colombia sueña con enviar a sus hijos a aprender inglés. ¿Por qué no recibir esos muchachos y además ofrecer cursos avanzados para profesionales? Jamaica tiene centros de esa naturaleza. La Universidad Cristiana y la Nacional podrían traer gente de toda la Mosquitia a estudiar a San Andrés para reintegrar esa región por la cabeza.

Frente a todos los problemas de las islas me da la impresión de que nos estamos dejando vencer por la manigua. No nos sacudimos y no hacemos nada por nosotros mismos en espera de que alguien lo haga. Nos está pasando lo que ocurre mucho en el Caribe: se juega dominó debajo del palo de mango mientras se espera que lleguen las cosas. Ese es uno de los problemas peores. Queremos que nos hagan todo pero nosotros mismos no hacemos nada. Cuando estuve en Argentina me marcaron frases de Perón como: "mejor que decir, es hacer", "si se grita tanto no se oye", que creo que se pueden aplicar a las islas. Yo les digo cuando voy: muestren lo que están haciendo para salir adelante y se quedarán aterrados de cómo reciben. Si alguien llega a alguna parte, es haciendo. Yo les repito eso pero se golpea uno contra la pared.

La isla necesita un revolcón tremendo. Pero no se trata solo hacer mas seminarios o estudios sino de sentarse a poner en orden la información y a encontrar la dinámica en las palabras dispares que se están oyendo. Debería haber aquí un consejero para la isla que sirva de articulador entre los isleños y el gobierno central y que tenga el oído del poder central.

El movimiento raizal

Algunas de las reivindicaciones raizales hablan con toda justicia de que debe haber una protección de la identidad cultural, étnica y del idioma. Y a eso se le debe poner atención. Pero, repito, también en eso nosotros mismos debemos poner de nuestra parte. Oigo la queja de que el gobierno

central va y les dice qué deben hacer. Protestan pero no salen con soluciones que permitan encontrar esa equidad entre nuestra identidad cultural y la del continente. En la isla existen esas dos culturas que pueden convivir y enriquecerse. Hay que trabajar con ambos.

La autonomía se podría conjugar con el estatuto raizal como respuesta a la demanda de protección de esa identidad, para lograr que el raizal tenga voz y voto en el contexto regional, pero no necesariamente para que solo él pueda dirigir la isla.